Ignacio Telesca

BA y MA in Modern History (University of Oxford) y Doctor en Historia (Universidad Torcuato di Tella, Buenos Aires). Profesor universitario, investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas (Argentina), y miembro de la Academia Paraguaya de la Historia. Entre sus publicaciones, destacan *Historia del Paraguay* (coord., Taurus, Asunción, 2010), «Negros de la Patria», *Los afrodescendientes en las luchas por la independencia en el Antiguo Virreinato del Río de la Plata* (co-editor, SB, Buenos Aires, 2010), *Tras los expulsos. Cambios demográficos y territoriales en el Paraguay después de la expulsión de los jesuitas* (CEADUC, Asunción, 2009) y *Los documentos jesuíticos del siglo XVIII en el Archivo Nacional de Asunción* (CEPAG, Asunción, 2006).

MUJER, HONOR Y AFRODESCENDIENTES EN PARAGUAY A FINES DE LA COLONIA

IGNACIO TELESKA
itelesca@hotmail.com

RESUMEN

Partiendo de un caso jurídico específico en donde una mujer parda libre fue acusada de deshonorar a una española a través de expresiones soeces, el artículo analiza la situación de los afrodescendientes a fines de la Colonia en el Paraguay. El texto hace hincapié en mostrar cómo el imaginario del antiguo régimen permanecía vigente en una provincia alejada de las metrópolis y caracterizada por una pobreza extrema.

Palabras clave: mulatos, mujer, deshonor, Paraguay.

ABSTRACT

This article analyzes the situation of afrodescendants at the end of colonialism in Paraguay using a specific court case where a mulatto woman was accused of dishonouring a Spanish woman with rude phrases. This text highlights how the old regime was kept alive both in the imagination and in practice in a remote and extremely poor province.

Keywords: mulattos, women, dishonour, Paraguay.

Era un diecinueve de septiembre de mil setecientos noventa y dos, de mañana, en San Antonio, un paraje de la campaña paraguaya sobre el río Paraguay, veinte kilómetros al sur de Asunción. Doña Juan Agustina de Achucarro hizo llamar a su casa a Luisa Lezcano para que le ayudase a preparar chipa, una comida tradicional del lugar a base de almidón de mandioca. Luisa, una parda veinteañera, vivía junto a su padre, Marcos Lezcano, y su madre, Antonia González, amparada en las tierras de los padres de Juana Agustina (Martín de Achucarro y Juana María Recalde).

La institución del ‘amparo’ es de larga data en la vida colonial americana. La Corona rápidamente se dio cuenta que surgía un nuevo estamento étnico para el cual no

había previsto ni leyes ni reglamentaciones: la de los descendientes libres de los africanos que llegaron esclavizados a tierras americanas.

La libertad para esta descendencia podía darse de diferentes maneras, ya sea que los esclavos accedieron a la libertad, ya sea que un esclavo se relacionara sexualmente con una mujer libre y su descendencia fuera libre (recordemos que la esclavitud se transmitía sólo por línea materna). La cuestión es que la corona española muy pronto tomó consciencia que esta presencia de afrodescendientes libres en sus colonias no estaba contemplada en sus primeras políticas y decidió tomar medidas. Una manera muy eficaz de controlar a una población es a través de los impuestos, de este modo se puede saber quiénes son y cuántos

hay (además de obtener un ingreso extra para las arcas reales).

La cuestión es que los afrodescendientes, por lo general, eran pobres y no tenían posibilidad de pagar dicho impuesto. Ya en una Real Cedula del 29 de abril de 1577 se constataba la dificultad para cobrarlos puesto que eran «gente que no tiene asiento ni lugar cierto» y se plantea una manera de solucionar dicho problema: «obligarlos a que vivan con amos conocidos» y que sean éstos los que tengan que pagar dichos tributos «a cuenta del salario» del afrodescendiente.

En la mayoría de los casos, el amparo se convirtió en una esclavitud encubierta. De hecho, era una herramienta de la cual disponían los gobernadores para beneficiar a sus favoritos, ya que era él quien decidía qué familia iría a amparar a tal o cual pardo. Como bien lo manifestara Félix de Azara a fines del siglo XVIII,

ningún esclavo ni su posteridad puede tener libertad aunque se la dé su legítimo dueño, porque al momento que alguno la consigue lo aprisiona el gobernador y lo entrega a algún particular, en amparo, según dicen, para que lo haga trabajar como esclavo sin más obligaciones que la de cualquier dueño respecto a sus esclavos, menos que no le puede vender (Azara, 1904, p. 48).

La familia de Luisa, o mejor dicho, Marcos Lezcano y su familia, estaban bajo el amparo de don Martín de Achucarro. Como criados de los Achucarro, no sólo servían a sus amparadores sino a toda la parentela que habitaba en las proximidades, también a Juana Agustina, quien vivía con su marido, don Andrés Alonso.

La elaboración de la chipa llevaba su tiempo y siempre tenía que hacerse en colaboración. Fundamentalmente el trabajo en el mortero era lo más pasado, para moler el maíz que luego se mezclaría con el almidón de mandioca. La masa lista se colocaba sobre hojas de banano y éstas al *tatakua*, palabra guaraní que se utiliza para denominar al horno de barro (*tata* = fuego; *kua* = agujero).

A Luisa y a Juana Agustina las acompañaba Dominga, que era una criada de doña Catalina Arostegui, prima de Juana Agustina, vecina también. La preparación y cocción de este tipo de comidas que se realizaba en común siempre preludiaba la fiesta, sin embargo

Barco negrero. Museo de Colonia. Uruguay. Foto Mar Langa.

este 19 de septiembre la jornada terminó en tragedia.

Mientras preparaban la masa, y el diálogo discurría, Juana Agustina se refería no con buenos conceptos respecto a su prima Catalina. Parece ser que la crítica se relacionaba con cuestiones de alcoba, ya que a Luisa le llamaba la atención cómo podría ser eso si Catalina era soltera. Incluso Dominga le comentó a Luisa, «si esto dicen las señoras, qué diremos nosotros los criados, y qué respeto les hemos de tener»¹.

Como suele ocurrir en estos casos, Dominga se lo comentó a su ama y ésta se fue junto a Juana Agustina a recriminarle por sus expresiones. Sin embargo, la dueña de casa le pasó el fardo a Luisa, atribuyendo a ésta el haber dicho tales exabruptos. Catalina, entonces, cambió el destinatario para sus quejas, pero Luisa corroboró los dichos de Dominga, acusando a Juana Agustina además de ser «mala lengua, enredadora y cuentera». Esta última la reconvino chicote en mano, intentando pegarle a Luisa, quien se escapó de la casa. Sin embargo, el hermano de Juana Agustina, Pedro José, corrió tras la criada,

y al alcanzarla le dio tres golpes con un chicote que llevaba en la mano, que al tercer golpe vio a la mulata caer en tierra [...] y que a tirones la hizo levantar el expresado don Pedro arreándola por delante y trayéndola a su hermana quien salió con otro chicote en la mano a encontrarla, a cuyo tiempo llegó la madre de la mulata y se agarraron las tres.

Antonia, para defender a su hija, le sacó el chicote a Juana Agustina diciéndole «que por qué quería castigar a su hija porque ella no era quien debía castigarla». En eso, «don Pedro apartó de su hermana a la mulata Antonia tirándola del pelo, que visto esto se apartó también Luisa, dejándola a la señora».

¹ Estamos siguiendo un caso judicial que se encuentra en el Archivo Nacional de Asunción (ANA), Sección Civil y Judicial (SCJ) volumen 1361, documento 16 (1361:16), consta de 26 fojas. Todas las citas se refieren a este caso, hasta que se señale lo contrario.

Castas. Unión de indio y negra.

El segundo acto lo constituyó la violencia verbal. Descansando de la trifulca sobre la ventana de su casa, Juana Agustina llamó a Luisa «hija de la gran divina puta», a lo que ésta le replicó «que era puta, mas no del marido de la señora». Sorprendida doña Juana, le inquiriere sobre el porqué dice eso, a lo que Luisa le aclaró: «porque siempre anda su marido solicitando a las criadas». Más enojada aún, Juana Agustina volvió «a tratar de puta a la mulata, y que respondió ésta lo siguiente: Sí señora, seré puta, pero no estoy pariendo hijo de sacerdote como usted ni tampoco soy hija bastarda de mi padre.»

Tamaño insulto no podía quedar impune, para lo cual Pedro José había ya agarrado un palo para darle a la madre y a su hija, pero Juana María Recalde, madre de Pedro, se lo impidió.

Estos hechos nos hubiesen quedado ignorados si Andrés Alonso, marido de Juana Agustina, que estaba en Asunción en aquellos momentos, no hubiese presentado su queja contra las mulatas ante el Alcalde de la Santa Hermandad del lugar. Este último, sin mediar sumaria alguna, las envió a ambas al presidio que se encontraba en el mismo paraje de San Antonio.

Aunque, según el Diccionario de la Lengua Castellana de 1737, el presidio es «la guarnición de soldados que se pone en las plazas, castillos y fortalezas para su guardia y custodia», en un informe al rey de 14 de septiembre de 1743, el obispo José Cayetano Paravicino ubicaba esta definición en la realidad paraguaya, y caracterizaba los presidios como «unas chozas cubiertas de paja y las paredes de cañizo embarrado que las circundan unos palos en bruto clavados en tierra sin otra fortaleza ni defensa que a poco tiempo se arruinarán» (AGI, Charcas 374).

Pero más allá de las cuestiones edilicias es importante resaltar las consecuencias sociales que tuvo en la provincia la permanente y obligatoria asistencia a estos presidios por parte de la población masculina. No toda, claro está, sólo la de aquellos que no podían pagar la excepción a la misma.

La mayor parte de la población pasaba casi todo su tiempo defendiendo los presidios que

se levantaban en las fronteras de la provincia, tanto río arriba como río abajo. Además de colaborar con su servicio debían hacerlo con sus armas (quienes la tuviesen) y con sus provistas para mantenerse mientras hacían dichas guardias. Las consecuencias de esta realidad nos las pinta otro obispo, Manuel Antonio de la Torre, en su visita que le escribe al rey en 1761:

nace de estar los paraguayos españoles ocupados continuamente en el militar servicio, y defensa de esta provincia, guarneciendo treinta y dos presidios; en cuyas guardias se ocupa cada vecino diez días al mes, con armas, municiones, caballos, y alimentos a sus expensas, viniendo a ser en cada un año, ciento y veinte días los de este ejercicio, sin otros muchos, que gastan en diferentes correrías por las costas, y cuando algunos graves inopinados incursos precisa a todos ponerse en armas, como al presente sucede... quedando sus familias en lamentables necesidades, como lo he visto y palpado con indecible compasión mía; viéndose precisadas las mujeres, y madres de familia a laborear, por lo común, las cortas chácaras; y haciendo instrumentos de roscos huesos, se reduce todo su cultivo profundo a peinar la tierra, sin llegar a herir sus entrañas (AGI, Buenos Aires, 166: 107-111).

Para el 20 de septiembre de 1747, el gobernador Larrazábal había realizado una inspección de todos estos fortines y en su informe al virrey (AGN, Sala IX, 5.3.7), además de señalar los 32 presidios, añadía la cantidad de soldados que allí hacían guardia: 2.508. Si tenemos en cuenta que, en 1761, la población en los pueblos de españoles era de 29.707 personas en 5.872 familias, e hipotéticamente consideramos a un soldado equivalente a una familia, tenemos que casi uno de cada dos de los «cabeza de hogar» está en los presidios fronterizos.

Cuando a fines del siglo XVIII la corona española instaló el estanco del tabaco en la provincia del Paraguay, se encontró con este problema del trabajo en los presidios. Los informes de esa época, como el de Francisco de Paula Sanz, señalaban que había alistados «6.000 hombres de armas que, a sus expensas, hacen el penoso servicio de contrarrestar las continuas invasiones de indios» (AGN, Sala IX, 14.9.9, f. 14v). Una vez más, el trabajo en los presidios concurría en detrimento de la economía provincial. La propuesta que formuló de Paula Sanz, el responsable del estanco, fue la de eximir del servicio en los presidios para quien se dedique al cultivo y

cosecha del tabaco. Si bien asistimos a una disputa entre las autoridades locales y virreinales, cuando se instale la Renta del Tabaco, una de las ventajas para los cosecheros fue, finalmente, la de verse libre de dicho servicio.

A un presidio lleno de varones es donde fueron destinadas la mulata Luisa y su madre Antonia por el Alcalde de la Santa Hermandad. Ciertamente, no cumplía la función de cárcel, ni había celdas preparadas, y mucho menos para mujeres. Seguramente por eso el Alcalde decidió, cuando ya estaban en camino, hacer regresar a Antonia, ya que era una mujer casada. No sabemos dónde pasaría Luisa las noches y los días, ni haciendo qué. Sin embargo, sí sabemos que tres días más tarde, el Defensor General de Pobres, a pedido de Marcos Lezcano (padre de Luisa), presentó una queja formal ante el Alcalde de Segundo Voto en Asunción.

Con este escrito se inicia nuestro caso, y de a poco nos vamos enterando, a través de los testimonios de los testigos y protagonistas, de cómo se sucedieron los hechos. Incluso el Defensor de Pobres añadió otros datos que luego en la sumaria no fueron tenidos en cuenta ni narrados por las protagonistas: señala que además de Luisa, también fueron golpeados Carmela, su hermana, y el mismo Marcos, quien en vez de chichos recibió sablazos. Que luego no se recojan en la sumaria no significa, claro está, que no hayan ocurrido; quizá sucedieron en otro tiempo diferente al preciso de los sucesos previamente narrados.

El Defensor se queja primero de que no se haya hecho sumaria averiguación y segundo de que se haya enviado a Luisa al presidio, «entre varones, que es lo más escandaloso que pueda imaginarse». Pide entonces que se le saque de allí y que se la deposite en lo de Francisco Javier Recalde, pariente de la madre de Juana Agustina, además de que se inicien las averiguaciones.

Para esto último, Andrés Alonso, marido de Juana Agustina, se querella civil y criminalmente contra ambas pardas libres (en el Paraguay colonial no había distinción semántica entre parda y mulata), las cuales se hallan «amparadas de Don Francisco Javier Recalde, en su chacara de San Antonio». La razón esgrimida por Alonso, que luego repetirá y se exhibirá más, será el «honor y la vindicta de su esposa».

Otra vez nos vuelve a aparecer el tema del amparo, y podemos comprender un poco

más el porqué del interés de Francisco Javier para sacar a las pardas del presidio y ofrecerse como depositario de ambas.

Alonso insistirá en el maltrato físico y verbal al cual fue sometida su esposa ante testigos, «estando allí presentes dos varones turbados del suceso, que fueron mi cuñado Pedro y don Juan Manuel Vera y una mujer llamada la Mercé», y no sólo ellos, sino también «con el concurso de tantos criados de mi suegro de mi casa». Incluso el nombre «la Mercé» puede hacer referencia a la descendencia de algún esclavo perteneciente al convento de la Merced, quienes poseían una estancia con población esclava, alrededor de quinientos (Durán, 2005, pp. 61-70). Si bien en su declaración dice llamarse María Mercedes Ortiz, nunca es tratada como doña, ni tampoco firma «por no saber», aunque esto último es una constante en la mayoría de la población femenina, y bastante frecuente entre la población masculina.

El dato que aporta Alonso, confirmando lo que mencionábamos en el párrafo anterior, es que al salir de su casa luego de la trifulca con su esposa, se fueron las mulatas a la casa de Recalde, y que fue él quien mandó realizar, a través del padre de Luisa, «un escrito obrepticio y subrepticio, que presentado en este juzgado produjo el decreto de la libertad de ella».

En esta presentación de Alonso ya nos aparecen los dos temas que se desarrollarán a través del juicio: primero el de las relaciones entre los miembros de la elite del lugar, y por otro la cuestión del honor, y de quiénes son dignos del mismo. Alonso no duda en afirmar que las mulatas debían haber respetado a su consorte porque ésta era «señora noble».

La sumaria se realizó con dos de los testigos presentes y se envió a Asunción. Allí, el Alcalde de segundo voto le dio traslado de la misma a Andrés Alonso para que pudiera formalizar su querella. Es justamente en el escrito de este último donde se puede apreciar el discurso con el que un grupo de la sociedad intenta mantener sujeta a la población afrodescendiente.

La terrible injuria inferida a mi consorte clama por una satisfacción que escarmiente los excesos de esta gente, y al mismo tiempo contenga el libertinaje introducido en los de su esfera, que sin quererse conocer inferiores, vemos todos los días solicita igualarse con lo que el Señor distingue por jerarquía.

Castas. Mulata.

²
AGN, sala IX, 6,10,4 y 6,10,5.

Los cargos son los de deshonor no sólo a la esposa, sino a ambos consortes, los que se encuentran en el vecindario como «publicados adúlteros por el atrevimiento de estas mulatas insubordinadas». Para Alonso, la razón por la cual «han publicado y pregonado en aquellos partidos y sus adyacencias estas injurias y deshonras» debe encontrarse en «el aborrecimiento al español» el cual «les es inherente». Por tal motivo solicita «mandamiento de prisión y embargo de bienes contra las personas de ambas reas y puestas en la cárcel pública con prisiones correspondientes».

Interesante es notar que la queja sobre que los afrodescendientes quieren igualarse con los españoles ya había sido señalada en un Acta del Cabildo, de 3 de marzo de 1757:

Y en este estado entró el Procurador General representando por una petición en el que contiene que los negros, negras, mulatos y mulatas visten sedas y en sus vestuarios galones de plata y oro y los mulatos usan espuelas y cabezadas de plata y que por esta causa no hay excepción de los españoles y señores en los actos públicos, [...] y habiéndose conferenciado acordaron sobre el primer punto que sólo se les permita a los dichos negros, negras, mulatos y mulatas que vistan ropa de lana de castilla decentemente sin cintas y galones de plata y oro, ni que se les permita usen espuelas ni cabezadas de plata, sobre lo cual dicho señor gobernador dijo que mandaría por bando para su observancia (ANA, SH, vol. 125,1, f. 273).

La misma solicitud se volvió a repetir un año más tarde, el 8 de mayo de 1758. Sin lugar a dudas, ésta no era una queja gratuita e inventada. Los afrodescendientes querían dejar de ser estigmatizados y discriminados, no sólo económicamente sino también jurídica y socialmente. Uno de los huecos que encontraron fue justamente el equipararse a través de las vestimentas, algo común también en el resto de la América colonial. Esto nos habla de una sociedad que, aunque autorreconocida como española, es fruto de un mestizaje constante (Telesca, 2009, pp. 266-270).

Un dato que confirma lo del uso de la vestimenta es la correspondencia mantenida entre el padre jesuita Gabriel Novat, del colegio de Asunción, con el hermano Miguel Martínez, de la procuraduría de Buenos Aires. Entre otras cuestiones le comenta el 20 de agosto de 1760 que le envía de parte de un esclavo del colegio

un sobornalito con 4 arrobas y 21 libras y de cuyo producto (sacado el costo de conducción) quiere el pobre dos varas y media de paño azul para calzones y chupita y si sobrara algo, empléese al pobre en coleta para forro (AGN, sala IX, 6,10,4).

Y éste no es el único caso, sino que, en enero del siguiente año, un esclavo envía un sobornal de tabaco, de hoja nueva y fresca, «con cuyo producto se compre una vara y cuarto de bayeta azul de 100 hilos, una vara de tafetán rosado y 2 onzas de seda azul (eso es para manta de su mujer)», y en marzo envía «3 tercios de yerba de un esclavo (22 @ 11 libras) por algunas cosas para su mujer e hijas»². No fue ésta la única estrategia utilizada por la población afrodescendiente, pero es indudable que los miembros de la elite asuncena acusaron el golpe.

Parece ser que los contactos que Andrés Alonso poseía en Asunción eran lo suficientemente importantes, ya que inmediatamente tras su pedido, el Alcalde de Segundo Voto libró orden de prisión y embargo de los bienes. Al ponerse en práctica ambas órdenes, el Alcalde de la Santa Hermandad tuvo que dirigirse a la residencia de don Francisco Javier Recalde, donde estaba la familia de Luisa y Antonia. El mismo Recalde se comprometió a remitirlas a la carcelería de Asunción a los dos días y a cuidar de los pocos bienes que declararon: «cuatro caballos viejos atrasados y casi inservibles».

El 17 de octubre ya se encontraban ambas mujeres presas en la cárcel asuncena y al día siguiente se les tomaron las respectivas declaraciones. Importante es notar que ninguna de las dos se expresaba en castellano, por lo que hubo que echar mano de intérpretes. Es decir, toda la discusión y trifulca de ese 19 de septiembre ocurrió en guaraní, y seguramente todos los anteriores testimonios tomados en San Antonio también, salvo que el Alcalde de la Santa Hermandad no se vio precisado a anotar esa formalidad de los intérpretes, ya sea porque él entendía perfectamente la lengua, ya porque era algo que caía de maduro. Es que la provincia del Paraguay, y la república también hasta fechas no muy lejanas, era eminentemente monolingüe guaraní (Cfr. Melià, 2003).

La población afrodescendiente reconocida como tal en los censos fincoloniales rondaba el 13%, sin embargo en ciertas localidades su presencia era bien marcada, como en la ciudad de Asunción, capital de la provincia del Paraguay.

Población de Asunción entre 1782 y 1799

Pedro Figari. *Candombe*. Fragmento. 1921.

	1782		1799	
Espanoles europeos y americanos	2.120	42,9%	3.963	53,5%
Indígenas	118	2,4%	283	3,8%
Negros/as y mulatos/as libres	1.546	31,3%	1.853	25,1%
Esclavos/as	1.157	23,4%	1.305	17,6%
TOTAL	4.941	100%	7.404	100%

(cfr. Telesca, 2005, p. 37).

En 1782, los negros y mulatos en Asunción representan el 24,9% de la población parda total (el 22,8% de la población libre total y el 29,3% de la población esclava), mientras que en 1799, eran el 25,2% (el 23,3% de la población parda libre y el 28,4% de la población esclava). Es decir, un cuarto de la población afrodescendiente vivía en Asunción y la mitad de la población de la capital era afrodescendiente. En otras palabras, había una presencia muy importante de este grupo, el cual no estaba marginado de la sociedad por más que la elite así lo quisiera. De hecho, en el último cuarto del siglo XVIII se encuentran 39 casos en la Sección Civil y Judicial del Archivo Nacional de Asunción que involucran a afrodescendientes. De estos, nueve se dan entre blancos (venta, donaciones, y una señora que se opone al casamiento de su hijo con una mulata); quince contra negros (uno por deuda, otro por matar una mula, cinco por adulterios, cuatro por heridas, dos por robo, uno por fuga, y otro por falsificación de firma); y hay quince demandas por parte de los negros (de los cuales nueve son por maltratos). Hay que señalar que de estos últimos quince casos, seis fueron iniciados por mujeres.

La presencia femenina entre la población afrodescendiente era importante, fundamentalmente entre los adultos, como lo demuestra el siguiente cuadro.

Llama la atención esta diferencia entre mujeres y varones adultos. Uno podría pensar en la fuga que se da entre los varones esclavos, pero en el número de negros libres la diferencia es aún mayor. Otra posible explicación es la emigración a otros pueblos del interior para trabajos, sin embargo, la misma diferencia se da también a nivel provincial. Tampoco es factible que se deba a un mayor nacimientos de mujeres, porque los datos nos dicen otra cosa. Se puede tener en cuenta, por otro lado, una alta mortalidad debido a los trabajos duros, o incluso a que los varones se escapan de los controles censales para no ser enviados a los fortines. Ambas hipótesis pueden incluirse, pero el trabajo duro que provoque una muerte precoz en Asunción es más difícil que se dé, y respecto a huir del censo-tributo, al darse la misma relación entre los esclavos, «libres» de tributo y bajo el control de sus amos, la explicación queda un poco débil. Seguramente son todas las anteriores razones juntas, porque si comparamos con los esclavos que los jesuitas tenían en su colegio de Asunción en el momento de la expulsión de la orden en 1767, los porcentajes son un tanto diferentes. Incluso tenemos el dato de los recién nacidos, que en la siguiente tabla incluimos entre paréntesis.

Población afrodescendiente en Asunción en 1782 dividida por sexos

	Mujeres		Varones	
Adultas/os libres	764	66,7%	382	33,3%
Párvulas/os libres	200	50,0%	200	50,0%
Adultas/os esclavas/os	566	60,5%	370	39,5%
Párvulas/os esclavas/os	95	43,0%	126	57,0%
	1.625	60,1%	1.078	39,9%

Mujer, honor y afrodescendientes en Paraguay a fines de la colonia
IGNACIO TELESKA

Escrito de Andrés Alonso.

División en edad y género de los esclavos del colegio jesuita de Asunción, 1767

	Varones	Mujeres	Total
Menores de 14	119(40)	137(38)	256(78)
Entre 14 y 50	85	98	183
Mayores de 50	10	17	27
Totales	214	252	466

(AGN, sala IX, 22.9.1, cfr. Telesca 2008, p. 202).

El argumento del Alcalde asunceno era similar al presentado por Alonso: no el hecho en sí mismo, sino que su argumento principal se refería a su atrevimiento a levantarle la mano a Juana Agustina «sabiendo que es una señora principal a quien deben respetar». Por otro lado, un dato importante debemos no perder de vista: nunca, en todo el caso, ni Luisa ni Antonia son llamadas por su apellido, sólo por sus nombres de pila. Ésta era la usanza con los esclavos, quienes utilizaban como apellido el de su amo. Ya el nombrar forma parte del juicio, y sobre todo del imaginario de la elite sobre los afrodescendientes.

El 22 de octubre se le corrió traslado de las declaraciones de Luisa y Antonia a Andrés Alonso, quien le dio largas al asunto respondiendo recién dos semanas más tarde. En el ínterin, a pedido del Defensor, se sacó a las dos mujeres de la cárcel, donde no podía permanecer «sin notable perjuicio de escándalo», y las pusieron en depósito en la casa de don Gregorio Larrea. Aunque carecemos de la documentación necesaria, podemos intuir que este Larrea estaría relacionado con Francisco Javier Recalde.

La siguiente discusión entre las partes la constituye la pena debida para Luisa Velazco. Alonso pide que se le apliquen «cien azotes,

un año de destierro y mil doscientos maravédies para la Corona». Esta alta pena pedida por Alonso se justifica ahora no sólo en la honra manchada de su esposa, sino que bien aclara «éstas son unas mulatas atrevidas y desvergonzadas que hace tiempo están coligadas con mis enemigos y vecinos». Las mulatas son entonces los medios utilizados por los «mal querientes» para desprestigiarlos en el valle.

A él le preocupaba que esta familia ahora está siendo amparada por su suegro a pesar de saber que la familia de Marcos Velazco es «haragana y mal entretenida y los varones perjudiciales por robadores de caballos; son advenedizas en el valle». El defensor por supuesto niega tales calificativos, incluso afirma que son «pardas de buena crianza y de bella índole, muy respetadas y comedidas, de buena lengua, que jamás se acuerdan de vidas ajenas».

Ambas partes continúan el tira y afloje sobre la pena solicitada, y el nuevo fundamento que Alonso agrega para justificar su pedido de azotes y para notar la gravedad de la ofensa de Luisa a su esposa es que la exponía a ésta «a perder la vida, pues si a mi no constase su honradez y buena vida [...] podría haberle quitado la vida, o a lo menos apartándome de ella».

Por su parte, el Defensor ataca «el despotismo y atrevimiento» de Juana Agustina, ya que quiso hacerse juez de su causa, castigando a Luisa e insultándola, «cuyas injurias y agravios a Luisa mucho agravio por ser persona libre, en nada sujeta a doña Juana Agustina». Por vez primera el Defensor apela a «los derechos» que tenía Luisa «a que nadie le impusiese sus manos violentas ni la insultase con palabras tan groseras».

El tema del honor ha sido ampliamente tratado en lo referente a las sociedades de antiguo régimen tanto en España como en la América colonial. Silvia Mallo justamente analizó, utilizando el fondo judicial del Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, los casos en que el honor era mancillado por el uso del lenguaje (Mallo, 2004). Salvo la referencia final del Defensor, a través del juicio queda claro que una afrodescendiente no tiene un 'honor debido'. En una sociedad estamental, los descendientes libres de las personas esclavizadas ocupaban un lugar sin lugar a dudas inferior en la jerarquía, y mucho más si eran mujeres (Goldeberg, 2000; Mallo, 2001).

En Paraguay la situación no era diferente, y no tenía por qué serlo. Señalábamos previamente que nunca Luisa o Antonia fueron llamadas con su apellido, salvo cuando se les preguntó a ellas su nombre al tomárseles la declaración; no así con el resto de los participantes, a quienes constantemente se les añadía el 'don' o 'doña' precediendo al nombre.

Sin embargo, Félix de Azara (comisario y comandante de los límites españoles en el Paraguay entre 1781 hasta 1801) brindó una visión idílica de la vida del afrodescendiente en Paraguay, pensando, como funcionario de la corona, quizá más en comparación con la esclavitud en el orbe portugués. Josefina Pla, pionera en los estudios sobre los afroparaguayos, asumió esta mirada y señaló en su obra *Hermano Negro* que las «actitudes sórdidas y crueles» que dan material a los archivos «constituyen la excepción», haciendo célebre su frase: «los esclavos felices no tienen historia» (Pla, 1972, p. 76).

Nuestro expediente carece de sentencia. Lo último registrado es el escrito del Alcalde de Segundo Voto del 1 de diciembre de 1792 concediendo nueve días a ambas partes para dar sus alegatos finales. Andrés Alonso, al no estar en Asunción, recién firma la notificación el catorce de dicho mes. Nueve días más y llegamos a Navidad, para cuya ocasión se suspenden todas las causas hasta pasadas las fechas festivas, lo que solía ocurrir a principios de enero, para cuando ya se contaba con nuevos miembros capitulares.

Al no contar con la sentencia final, no sabemos si el pedido de Alonso de los azotes y el destierro para ambas pardas libres se llevó a la práctica. O por el contrario, si el alegato del Defensor de Pobres solicitando que no se añada más pena que la que ya llevan cumplida en las diferentes prisiones por las que pasaron; además de haber ya reconocido que los insultos tanto a Juana Agustina como a Andrés Alonso habían sido ocasionados por el fragor de la discusión.

No sabremos tampoco quiénes de los amparadores se continuaron beneficiando con los servicios de la familia Lezcano, si los Achucarro, los Recalde o los Larrea, los últimos que se aprovecharon de la fuerza de trabajo de esta familia afrodescendiente.

El caso, junto con la familia Lezcano, se pierde en la documentación del Archivo, como también se escabulleron los afrodescendientes del mundo de discriminaciones a las

Testimonio de Luisa Lezcano.

que estaban sometidos. No así la esclavitud, que permaneció en vigencia hasta 1870, tras la guerra contra la triple alianza (Cooney, 1974 y 1995). Tampoco desaparecieron las leyes discriminatorias contra los descendientes de los africanos (Telesca, 2010). Incluso el artículo 14 de la Ley de Inmigración del 6 de octubre de 1903 prohibía la inmigración «de individuos de raza amarilla y negra, de enfermos infecciosos, de mendigos, de cingaros o gitanos».

El caso contra Luisa Velazco y su madre Antonia González nos pone en escena una sociedad guiada por un imaginario estamental, marcada por una discriminación jurídica, social y económica de la población afrodescendiente. Más allá de los insultos subidos de tono, de patrones solicitadores, de curas con descendencia o de nacimientos ilegítimos, lo importante es ver cómo el honor de clase, aun en sociedades tan apartadas y marcadas por una extrema pobreza, se constituía en marca de distinción.

Bibliografía

- Azara, Félix de (1904), *Geografía física u esférica de las Provincias del Paraguay y Misiones*, Tomo I, Montevideo, Anales del Museo Nacional.
- Cooney, Jerry W. (1974), «Abolition in the Republic of Paraguay: 1840-1870», en *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas*, XI, pp. 149-166.
- Cooney, Jerry W. (1995), «El afroparaguayo», en Luz María Martínez Montiel (coord.), *Presencia africana en Sudamérica*, México,

Tango negros. Grabado. Fragmento.

- Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, pp. 449-525.
- Durán, Margarita (2005), *Areguá, rescate histórico, 1576-1870*, Asunción, FONDEC.
- Goldberg, Marta Beatriz (2000), «Las afroargentinas (1750-1880)», en Fernanda Gil Lozano et aliter (compiladoras), *Historia de las Mujeres en la Argentina*, t. 1, Buenos Aires, Taurus, pp. 66-85.
- Mallo, Silvia (2001), «Mujeres esclavas en América a fines del siglo XVIII. Una aproximación historiográfica», en Dina V. Picotti (comp.), *El negro en la Argentina. Presencia y negación*, Buenos Aires, Editores de América Latina, pp. 109-125.
- Mallo, Silvia (2004), *La sociedad rioplatense ante la justicia. La transición del siglo XVIII al XIX*, La Plata, Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires.
- Melià, Bartomeu (2003), *La lengua guaraní en el Paraguay colonial*, Asunción, CEPAG.
- Pla, Josefina (1972), *Hermano Negro. La esclavitud en el Paraguay*, Madrid, Paraninfo.
- Telesca, Ignacio (2005), «La población parda en Asunción a fines de la colonia», en *Estudios Paraguayos*, XXII y XXIII: 1-2, pp. 29-50.
- Telesca, Ignacio (2008), «Esclavos y Jesuitas: el colegio de Asunción del Paraguay», *Archivum Historicum Societatis Iesu*, LXXV: 153, pp. 191-211.
- Telesca, Ignacio (2009), «Paraguay a fines de la colonia: ¿mestizo, español o indígena?», en *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas*, 46, pp. 261-288.
- Telesca, Ignacio (2010), «Sociedad y afrodescendientes en el proceso de independencia del Paraguay», en Silvia Mallo e Ignacio Telesca (eds.), «*Negros de la patria*». *Los afrodescendientes en las luchas por la independencia en el antiguo virreinato del Río de la Plata*, Buenos Aires, SB, pp. 149-170.

Abreviaturas:

- AGI: Archivo General de Indias.
 AGN: Archivo General de la Nación (Buenos Aires).
 ANA: Archivo Nacional de Asunción
 SH: Sección Historia.